

# RIO ARGA

REVISTA DE POESIA



PAMPLONA **105** 1er TRIMESTRE 2003

CAJA  NAVARRA

# CARLOS MATA INDURÁIN

## JOSÉ DE SARABIA Y SU "CANCIÓN REAL A UNA MUDANZA"

Comenta José María Romera que, en Navarra, el siglo XVII no es demasiado abundante en escritores, por lo menos si se compara con la exhuberancia que conoce en este momento la literatura española. Sin embargo, él mismo ha puesto de relieve que las escasas muestras del Barroco literario que encontramos "alcanzan una muy estimable calidad, de modo particular en la poesía" (José María Romera Gutiérrez, "Literatura", en AA. VV., *Navarra* Madrid, Editorial Mediterráneo, 1993, p. 179b), terreno en el que brillan con luz propia las figuras de Miguel de Dicastillo y José de Sarabia. A Dicastillo, representante de un tipo de poesía didáctica y moralizante, de tema religioso, ya dediqué atención en un número anterior (vease Carlos Mata Induráin, "El "culteranismo cartujo" de *Aula de Dios* (1637), de Miguel de Dicastillo", Río Arga, núm. 103, tercer trimestre de 2002, pp. 20-26). Examinaremos ahora la figura de José de Sarabia.

Puede afirmarse, sin temor a equivocarse, que la cima poética del siglo XVII en Navarra está representada por José de Sarabia, conocido con el seudónimo académico de "el Trevijano" (Pamplona, 1594 - Martorell, 1641), autor que constituye un buen ejemplo de soldado-poeta. Sarabia es famoso por una sola composición, la "Canción real a una mudanza", incluida en el *Cancionero de 1628*, que durante cierto tiempo fue atribuida a Mira de Amescua. En sus siete estancias -rematadas con un envío- desarrolla el tema barroco de la volubilidad de la Fortuna (desengaño, *vanitas vanitatum*, fugacidad de la belleza). En una nota que publicó en 1957, José Manuel Blecua vino a aclarar que la canción que se copia bajo el nombre del Trevijano no podía ser de Mira de Amescua. En el manuscrito Span. 56 de la Houghton Library de la Universidad de Harvard, folios 152-55, se encuentra la solución, porque allí aparece la "Canción" con este encabezamiento: "Canción de don Joseph de Saravia, Secretario del Duque de Medina Sidonia, con nombre impuesto de Trevijano" (remito para más detalles a José Manuel Blecua, «El autor de la canción "Ufano, alegre, altivo, enamorado..."», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1957, núm. 11, pp. 64-65).

González Ollé ha recapitulado los datos biográficos de Sarabia, de los que recordaré aquí sólo los esenciales. Este vecino y natural de Pamplona (hijo del capitán Pedro Sarabia de la Riva) fue caballero de Santiago, señor de la villa de Eransus, secretario del Duque de Medina Sidonia, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán, y montero de cámara de Su Majestad. En 1628 se le concedió un hábito. Según Blecua, debió de nacer hacia 1583-84, pero González Ollé retrasa la fecha a 1593-94. Este investigador destaca el hecho de que Sarabia, al contrario de lo que se pensaba, sí resulta un personaje bien conocido por su intervención activa en diversos acontecimientos públicos de importancia de su época. Cabe la posibilidad de que participara en las campañas de Flandes e Italia, pues en septiembre de 1639 lo encontramos ostentando el grado de teniente de maestre de campo en la jornada de Fuenterrabía. Moriría en otro lance bélico, el combate de Martorell de 21 de enero de 1641, en el que las tropas realistas vencieron a los sublevados catalanes.

Alicia de Colombí ha estudiado los tópicos, las fuentes literarias y emblemáticas y las huellas que la "Canción real a una mudanza" dejó en América: "Desengaños, muertes y tormentos, la próspera fortuna, siempre al fin astrosa, la fragilidad de la vida y de todo lo humano, estrofa a estrofa, símbolo a símbolo, verso a verso, la "Canción" de Joseph de Sarabia, engarzando herencia ya secular desde las visiones de Petrarca, engazará sus mudanzas a un mundo que las fijará en otras, al encontrar en la palabra y la figura de lo cambiante una de las constantes más perenne de nuestra lírica" (Alicia de Colombí Monguió, "La "Canción real a una mudanza": textos y contextos imitativos", *Revista Hispánica Moderna*, 40, núms. 3-4, 1978-1979, p.123).

González Ollé valora a Sarabia como el "príncipe de los poetas navarros" por la perfección expresiva de su composición, con la que Gracián ejemplificó dos pasajes de su *Agudeza y arte de ingenio*, calificándola de "celebrada canción". Escribe el mencionado crítico: "La poesía de Sarabia está formada por siete estancias de diecinueve versos cada una, a las que sirve de remate una estrofa de envío con la siguiente estructura 7a 11a 7b 11b 7c 11c. Los once primeros versos de cada estancia ofrecen sucesivas imágenes de seres animados o inanimados (jilguerillo, cordero, garza, militar, dama, navío, pensamiento), radiantes de inocencia, poderío, belleza, cuya tradicionalidad poética les confiere un patente carácter simbólico. Los ocho versos restantes, encabezados en cada estancia por el sintagma anafórico *Mas, ¡ay!*, describen la fatal destrucción, la completa aniquilación de tales realidades captadas en un momento plétórico de sus excelencias, y afectadas, un instante después, por la muerte, la derrota, la enfermedad, el naufragio. En varias estancias, por medio del pareado que las cierra, el poeta se hace presente para lamentar que la desventura expuesta no es sino imagen de la suya propia" (Fernando González Ollé, *Introducción a la historia lite -*

*raria de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra- Dirección General de Cultura-Institución "Príncipe de Viana", 1989, p. 109).

En efecto, tras la primera estancia, la dedicada al jilguerillo enamorado abatido por la flecha del cazador, vienen otras con símiles de función semejante: el corderillo devorado por el lobo, la garza que remonta su vuelo hasta el cielo y es apresada por el águila, el capitán bisoño que pierde una batalla que ya tenía ganada (y con la batalla, la vida), la bella dama que por una enfermedad ve malograrse toda su hermosura, el bajel del mercader que se hunde con todos sus tesoros cuando estaba a punto de llegar a puerto. Tras la indicación de que su pensamiento de amor por una señora se elevó "ufano, alegre, altivo, enamorado" (v. 116, con el que retoma Sarabia el inicial), la voz lírica se identifica en la última estancia con todas las imágenes anteriores. Y la composición se remata con un envío, en el que la voz lírica se dirige a la propia canción para que vea que su "próspera fortuna" es mujer (o sea, 'variable, mudable, inconstante') y, en última instancia, "breve bien, fácil viento, leve espuma". Este verso final es uno de esos enunciados trimembres con los que Sarabia, al decir de González Ollé, consigue "versos de rotunda belleza". Veáanse además los que rematan las estancias segunda y quinta: "breve bien, caro pasto, corta vida" (v. 38), "muerta luz, turbio sol y flor pisada" (v. 95).

En esta composición, seleccionada por Menéndez Pelayo entre las cien mejores poesías de la lengua castellana, se aprecian influencias de una elegía del año 1611 de Quevedo a Luis Carrillo y Sotomayor y de los *Emblemas morales* (1610) de Covarrubias. También se le han señalado concomitancias con una canción anónima que comienza "Creció dichosa en fértil primavera". No obstante, Sarabia elabora esas influencias y los motivos de la tradición clásica y nos los devuelve transformados en una muy bella y emotiva expresión. Por ello, creo que merece la pena reproducir íntegra la canción. Tomo el texto de *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana, escogidas por don M. Menéndez y Pelayo*, Madrid, Victoriano Suárez, 1925, pp. 146-50, con ligeros cambios en las grafías y la puntuación. Considero que la composición se entiende fácilmente así que me limitaré a señalar unos pocos detalles: en el verso 38, *caro* significa 'querido, apreciado'; en el 53, *candidísimo* vale, en significado etimológico, 'blanquísimo'; en el 58 *belísonas* es un cultismo 'que producen ruido bélico o marcial'; en los versos 64-65, el verbo *sonar* está usado como transitivo, siendo *señal* su objeto directo; en el 75, el sintagma *fortuna voltaria* alude a lo cambiante de la misma (recuérdese la representación emblemática de la rueda de la Fortuna); en el 86 hay que leer *Di-a-na*, como trisílabo, para la correcta medida del endecasílabo; en el 109, *barra* es 'bajío o banco de arena'; en el 123, *calma* ha de entenderse en el sentido clásico de 'angustia, agitación'; y en el 134 hay simplificación del grupo consonántico culto (*coluna* por *columna*, en rima con *fortuna*). Nótese además el efecto sonoro del verso

91, bímembre y en quiasmo, “cárdenas ronchas y viruelas anchas” (hay otros bímembres: “la reina sola de las aves bellas”, v. 44; “triunfó mi amor, cantó mi fe victoria”, v.120). Destacaremos, en fin, que el adjetivo *ufano*, *ufana* se repite hasta cinco veces en el poema (vv. 1, 11, 40, 87 y 116).

### Canción

Ufano, alegre, altivo, enamorado,  
rompiendo el aire el pardo jilguerillo  
se sentó en los pimpollos de una haya,  
y con su pico de marfil nevado  
de su pechuelo blanco y amarillo 5  
la pluma concertó pajiza y baya;  
y celoso se ensaya  
a discantar en alto contrapunto  
sus celos y amor junto,  
y al ramillo, y al prado, y a las flores 10  
libre y ufano cuenta sus amores.  
Mas, ¡ay!, que en este estado  
el cazador cruel, de astucia armado,  
escondido le acecha  
y al tierno corazón aguda flecha 15  
tira con mano esquivada  
y envuelto en sangre en tierra lo derriba.  
¡ay, vida mal lograda,  
retrato de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno 20  
el corderillo juguetón se aleja,  
enamorado de la yerba y flores,  
y por la libertad del pasto tierno  
el cándido licor olvida y deja  
por quien hizo a su madre mil amores; 25  
sin conocer temores,  
de la florida primavera bella  
el vario manto huella  
con retozos y brincos licenciosos  
y pace tallos tiernos y sabrosos. 30  
Mas, ¡ay!, que en un otero  
dio en la boca de un lobo carnicero  
que en partes diferentes  
lo dividió con sus voraces dientes,  
y a convertirse vino 35

en purpúreo el dorado vellocino.  
!Oh, inocencia ofendida,  
breve bien, caro pasto, corta vida!

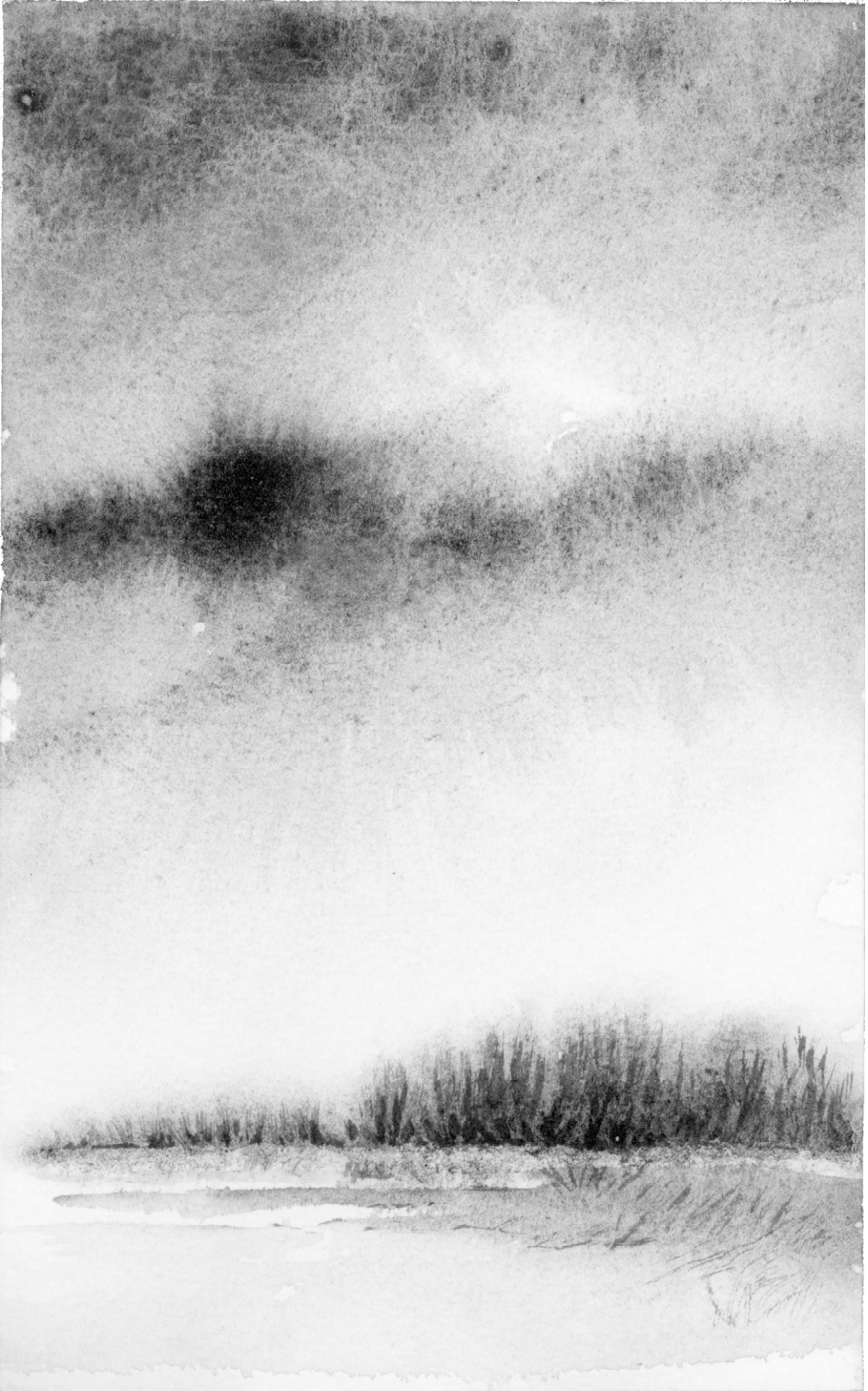
Rica con sus penachos y copetes,  
ufana y loca, con ligero vuelo 40  
se remonta la garza a las estrellas  
y, puliendo sus negros martinets,  
procura ser allá cerco del cielo  
la reina sola de las aves bellas;  
y por ser ella de ellas 45  
la que más altanera se remonta,  
ya se encubre y trasmonta  
a los ojos del lince más atentos  
y se contempla reina de los vientos.  
Mas, ¡ay!, que en la alta nube 50  
el águila la vio y al cielo sube,  
donde con pico y garra  
el pecho candidísimo desgarró  
del bello airón que quiso  
volar tan alto con tan corto aviso. 55  
!Ay, pájaro altanero,  
retrato de mi suerte verdadero!

Al son de las belísonas trompetas  
y al retumbar del sonoro parche,  
formó escuadrón el capitán gallardo; 60  
con relinchos, bufidos y corvetas  
pidió el caballo que la gente marche  
trocando en paso presuroso el tardo;  
sonó el clarín bastardo  
la esperada señal de arremetida, 65  
y en batalla rompida,  
teniendo cierta de vencer la gloria,  
oyó a su gente que cantó victoria.  
Mas, ¡ay!, que el desconcierto  
del capitán bisoño y poco experto 70  
por no observar el orden,  
causó en su gente general desorden,  
y, la ocasión perdida,  
el vencedor perdió victoria y vida.  
!Ay, fortuna voltaria, 75  
en mis prósperos fines siempre varia!

Al cristalino y mudo lisonjero  
 la bella dama en su beldad se goza,  
 contemplándose Venus en la tierra,  
 y al más rebelde corazón de acero 80  
 con su vista enternece y alboroz,  
 y es de las libertades dulce guerra;  
 el desamor destierra  
 de donde pone sus divinos ojos,  
 y de ellos son despojos 85  
 los purísimos castos de Diana,  
 y en su belleza se contempla ufana.  
 Mas, ¡ay!, que un accidente  
 apenas puso el pulso intercadente,  
 cuando cubrió de manchas, 90  
 cárdenas ronchas y viruelas anchas  
 el bello rostro hermoso  
 y lo trocó en horrible y asqueroso.  
 ¡Ay, beldad malograda,  
 muerta luz, turbio sol y flor pisada! 95

Sobre frágiles leños, que con alas  
 de lienzo débil de la mar son carros,  
 el mercader surcó sus claras olas;  
 llegó a la India y, rico de bengalas,  
 perlas, aromas, nácares bizarros, 100  
 volvió a ver las riberas españolas.  
 Tremoló banderolas,  
 flámulas, estandartes, gallardetes;  
 dio premio a los grumetes  
 por haber descubierto 105  
 de la patria querida el dulce puerto.  
 Mas, ¡ay!, que estaba ignoto  
 a la experiencia y ciencia del piloto  
 en la barra un peñasco,  
 donde, tocando de la nave el casco, 110  
 dio a fondo, hechos mil piezas,  
 mercader, esperanzas y riquezas.  
 ¡Pobre bajel, figura  
 del que anegó mi próspera ventura!

Mi pensamiento con ligero vuelo, 115  
 ufano, alegre, altivo, enamorado,  
 sin conocer temores la memoria,  
 se remontó, señora, hasta tu cielo,





y, contrastando tu desdén airado, triunfó mi amor, cantó mi fe victoria; y en la sublime gloria	120
de esa beldad se contempló mi alma, y el mar de amor sin calma mi navecilla con su viento en popa llevaba navegando a toda ropa.	125
Mas, ¡ay!, que mi contento fue el pajarillo y corderillo exento, fue la garza altanera, fue el capitán que la victoria espera, fue la Venus del mundo,	130
fue la nave del piélago profundo, pues por diversos modos todos los males padecí de todos.	
 Canción, ve a la coluna que sustentó mi próspera fortuna, y verás que si entonces te pareció de mármoles y bronces, hoy es mujer y, en suma, breve bien, fácil viento, leve espuma.	135